

*DON MIGUEL DE UNAMUNO:
EL SENTIMIENTO AGONICO
DE NUESTRA CULTURA*

LA figura de Unamuno resalta por su singularidad. Es el hombre de la lucha, la contradicción y el escándalo. Busca lo insólito en sus gestos, su comportamiento y en su forma de vestir. Sus palabras son un grito de rebeldía y protesta, su propósito: agitar los espíritus, provocar la duda y la angustia.

Pero la actitud unamuniana es más profunda que una mera repulsa al mundo que le rodea. Si nos acercamos detenidamente a su vida y a su obra, percibiremos el drama y la angustia del hombre moderno; en la lectura de su obra encontraremos la esencia del hombre español, la agonía en la que se debate la cultura europea y la inquietud humanista por la comprensión más íntima del hombre. La obra de don Miguel de Unamuno es un proceso de "personalización", se esfuerza por desnudar su obra narrativa de aquellos elementos que no sean inmediato reflejo del ser de la persona. No hay descripciones, acontecimientos, sentimientos, ni estados de conciencia en primer plano, sino la conciencia misma en sus dimensiones ontológicas. La novela de Unamuno, pues, es un problema de personalidad como señala Julián Marías.

Su filosofía es un modo de vida, de aquí que sus narraciones sean una forma de expresión filosófica, y el mejor tratado, la misma persona: "Otros pueblos —nos dice Unamuno— nos han dejado, sobre todo, instituciones, libros; nosotros hemos dejado almas, Santa Teresa vale por cualquier instituto, por cualquier *Crítica de la razón pura*".



La substancia de la persona es la conciencia de inmortalidad, para el existencialismo de Sartre será la conciencia como finitud:

“Lo que no es conciencia —escribe— y conciencia eterna, consciente de su eternidad y eternamente consciente, no es nada más que apariencia. Lo único de veras real es lo que siente, sufre, compadece, ama y anhela; lo único sustancial es la conciencia”.

La concepción del hombre en Unamuno echa sus raíces en la tesis de Spinoza de que toda cosa, en cuanto es, tiende a perseverar en su ser.

Ser es, por tanto, esforzarse, querer ser, de aquí que, para él, “existir es obrar”.

En el prólogo a sus *Tres novelas ejemplares* escribe: “El hombre más “realis”, más “res”, más cosa, es decir, más causa —sólo existe lo que obra—, es el que quiere ser o el que quiere no ser”.

En estas expresiones está presente el existencialismo moderno. Para el existencialista no existe la esencia, el hombre no es realidad alguna, sino “proyecto”, abanico de posibilidades abierto, su esencia es su existencia, el “querer ser” unamuniano. La vida humana es un hacerse y encontramos la siguiente frase que nos anticipa a Heidegger: “La vida es continua creación y consunción continua y, por tanto, muerte incesante. ¿Crees acaso que vivirías si a cada momento no murieses?”.

La vida tiene que ser hecha, creada por el hombre, imaginada o inventada por él, de aquí que don Miguel hable de “la novela de nuestra vida”.

Sus novelas son reflejo de esta concepción voluntarista de la existencia.

En *San Manuel Bueno, mártir*, nuestro protagonista tiene fe, no porque cree, sino porque quiere creer.

En *La novela de don Sandalio*, a Unamuno no le interesa el don Sandalio real, sino el de su voluntad, su sueño, el que se ha forjado él, no el que conocen los demás.

En *Dos madres*, el hijo nacido del deseo es más verdadero que el nacido de la carne. Raquel, nos viene a decir el autor, es la verdadera madre, aunque se considere a Berta como la madre real.

Semejante maternidad podríamos señalar también en *La tía Tula*; la voluntad, el deseo, el sueño tienen más entidad que la realidad del mundo circundante. “Cuando un hombre dormido e inerte en la cama sueña, ¿qué es lo que más existe, él como conciencia que sueña o su sueño?” —se pregunta Augusto Pérez.



Usando una terminología kantiana, indica que lo "fenoménico", aparential, es el mundo que comúnmente entendemos por real, y el "numérico" y sólo verdaderamente real es el volitivo. Pero el hombre "tiene que vivir —nos dice— en un mundo fenoménico, aparential, racional, en el mundo de los llamados realistas. Y tiene que soñar la vida que es sueño".

Así, para Unamuno, sus personajes son más reales que él mismo: don Quijote más real que Cervantes, y Hamlet que Shakespeare.

El hombre es el sueño de Dios y los personajes novelescos, a su vez, el sueño del autor. Augusto Pérez siente su existencia creada por el sueño, por el proyecto de otro:

"¿De dónde ha brotado Eugenia? ¿Es ella una creación mía o soy creación suya yo? ¿O somos los dos creaciones mutuas, ella de mí, yo de ella? ¿No es acaso todo creación de cada cosa y cada cosa creación de todo?".

Más adelante, en un intento de descubrir su propia personalidad, se pregunta: "Y ¿qué es creación? ¿Qué eres tú, Orfeo? ¿Qué soy yo?".

Encontramos ya la novela existencialista antes que Sartre o Simone de Beauvoir la utilicen para captar la realidad de la vida humana. Pero, mientras que para Sartre la vida se presenta como angustia, pasión inútil, absoluta caducidad, Unamuno se rebela contra todo nihilismo:

"Hagamos que la nada, si es que nos está reservada, sea una injusticia; peleemos contra el destino y aún sin esperanza en la victoria; peleemos contra él quijotesicamente", nos dice en *El sentimiento trágico de la vida*.

"El secreto de la vida —nos indica en el ensayo así titulado— el general, el secreto raíz del que todos los demás brotan, es el ansia de más vida, es el furioso e insaciable anhelo de ser todo lo demás sin dejar de ser nosotros mismos, de adueñarnos del universo entero, sin que el universo se adueñe de nosotros y nos absorba [...] es, en una palabra el apetito de divinidad, el hambre de Dios". "El resorte de vivir es el ansia de sobrevivirse en tiempo y en espacio".

"La cuestión humana es la de saber qué habrá de ser de mi conciencia, de la tuya, de la del otro y de la todos, después de que cada uno de nosotros se muera...". Se trata, pues, del problema del hombre, pero quien plantea esta cuestión es la muerte.

La angustia de Unamuno arranca del encuentro con la muerte, mientras que la de Kierkegaard surge de la profundización en la misma vida. El hombre, para el filósofo danés, se encuentra constitutivamente en una



situación de radical incertidumbre, de inestabilidad y de duda. Unamuno mayor fe y seguridad en la vida; si Kierkegaard parece traslucir la duda de Hamlet, don Miguel encarna el espíritu activo y de lucha de don Quijote.

Aunque el punto de partida sea distinto, la angustia y la agonía de cada uno tienen un mismo contenido. Para el pensador nórdico el desajuste entre lo que él es y lo que quiere ser —fundamento de su “desesperación”— no sería posible sin la dependencia de Dios. Unamuno, como aquél, vive la existencia de un “sentimiento trágico” que implica la realidad del ser del que dependemos.

A la vida como “náusea”, como contingencia absurda de Sartre, podríamos contraponer la vida como “niebla”, oscuridad y misterio, que hinc sus raíces en lo eterno. Se pregunta el protagonista de *Niebla*: “¿No es acaso todo esto un sueño de Dios o de quien sea, que se desvanecerá en cuanto Él despierte y por eso le rezamos y elevamos cánticos e himnos para adormecerle, para acunar su sueño? ¿No es acaso la liturgia toda de todas las religiones un modo de brezar el sueño de Dios y que no despierte y deje de soñarnos?”.

El problema de la personalidad humana se nos convierte en un problema religioso. Pero el Dios unamuniano no es el trascendente, objetivado y externo a nosotros, sino el de la intimidad, el de San Agustín. “Dios —nos dice— no existe, sino más bien sobre-existe, y está sustentando nuestra existencia, existiéndonos...”.

En *Cómo se hace una novela* escribe: “Hugo de San Víctor, el místico del siglo XII, decía que subir a Dios era encontrarse en sí mismo, en lo más adentro de cierto inefable modo —“in intimis etiam seipsum transire”— y que lo más íntimo es lo más cercano, lo supremo y eterno”.

Unamuno afirma agustinianamente que el punto de partida para llegar a Dios es el hombre mismo, que en nuestra propia individualidad encontramos al Dios que “nos existe”. De aquí que rechace cualquier demostración racional sobre la existencia de Dios:

“Confieso sinceramente —dice en el ensayo *Mi religión*— que las supuestas pruebas racionales —la ontológica, la cosmológica, la ética, etc.— de la existencia de Dios no me demuestran nada”.

Solamente en este Dios inmanente, que está en nuestro mismo ser, podemos comprender la profunda fe de *San Manuel Bueno*, en cuya incredulidad encuentra Unamuno la fe más profunda. Ya que murió “creyendo



no creer lo que más nos interesa, pero sin creer creerlo, creyéndolo en una desolación activa y resignada”.

En este aparente juego de palabras nos viene a decir Unamuno que creer no es algo externo y accidental que se pueda aceptar o rechazar, sino algo constitutivo de la existencia humana. Cuando se vive aceptando nuestra existencia, se vive a la vez una fe implícita que se encuentra en lo más hondo de nuestro angustioso vivir.

Si Unamuno como escritor se adelanta a la literatura existencialista, como hombre religioso se anticipa a la moderna teología “secularizada” que busca a Dios en nuestra inmanencia, el Dios de los teólogos Tillich, Bonhöfer, Robinson o Cox.

Esta vasta significación cultural que tiene Unamuno en el pensamiento filosófico y religioso contemporáneo arranca de su profundización en la cultura española; por su hispanismo precisamente alcanza su gran universalidad. “Y es que el fruto —nos dice *“En torno al casticismo”*— de toda sumersión hecha con pureza de espíritu en la tradición... es... arrancarnos a nosotros mismos, despojarnos de la carne individualmente, lanzarnos a la patria chica de la humanidad”.

Busca, nuestro autor, el “espíritu castellano” en el teatro clásico. En la expresión de Segismundo, “y teniendo yo más alma, / ¿tengo menos libertad?”, encuentra el conflicto del alma española entre libertad y necesidad, aspiración y realidad, idealismo y realismo.

El alma castellana “afirmaba —nos dice Unamuno— dos mundos y vivía a la par en un realismo apegado a sus sentidos y en un idealismo ligado a sus conceptos. Intentó unirlos y hacer de la ley suprema ley de su espíritu, en su única filosofía, su mística, saltando de su alma a Dios”.

En San Juan de la Cruz encuentra la culminación de la mística porque “parece se fundieron el espíritu quijotesco y el sanchopancino en un idealismo tan realista, como es la idealización de la realidad religiosa ambiente en que vivía”.

Este dualismo del alma española lo vive Unamuno en la angustia de su conflicto entre fe y razón. Es esta la contradicción en la que se debate la cultura española después del Renacimiento; mientras que en el resto de Europa la cultura se seculariza, España profundiza en su religiosidad a la vez que intenta vivir la nueva actitud renacentista. “El barroco —dice



Tierno Galván— consiste en un equilibrio que se recobra continuamente y cuyo esquema explicativo profundo es la relación Gracia-Naturaleza”.

El ser español se nos presenta desgarrado entre el asentimiento firme a la trascendencia y la tentación de la duda y del espíritu racionalista. En este conflicto ha vivido nuestra literatura desde el Barroco a Unamuno el drama de la cultura occidental.

Viviendo esta angustia agónica, don Miguel se siente identificado con su pueblo y con la tragedia de Don Quijote que la encarna: “Aparécese la filosofía en el alma de mi pueblo como la expresión de una tragedia íntima análoga a la tragedia del alma de don Quijote, como expresión de una lucha entre lo que el mundo es según la razón de la ciencia nos lo muestra, y lo que queremos que sea, según la fe de nuestra religión nos lo dice. Y en esta filosofía está el secreto de eso que suele decirse de que somos en el fondo irreductibles a la Kultura... Don Quijote no se resigna, ni al mundo, ni a la moral, ni a la ciencia...”.

Este agónico existir español lanza a Unamuno a vivir el conflicto en el que se debate la cultura europea, conflicto que nace, como ha señalado Laín Entralgo, del dualismo de nuestra cultura por una parte heredera de la griega y por otra parte heredera del cristianismo.

“Cuando un pensador griego —dice Laín— miraba su propia inteligencia, veía en ella una epifanía de la realidad natural, el ápice de la naturaleza en que la Naturaleza se hace cognoscente y locuente; cuando un pensador cristiano o heredero del cristianismo mira hacia su pensante intimidad, descubre en ella por modo inexorable una secreta tensión, relativamente armónica unas veces, dolorosamente otras, entre dos modos de la actividad y del ser a la vez distintos e inseparables: naturaleza y espíritu, necesidad y libertad, finitud e infinitud”.

La historia del pensamiento europeo es la lucha dialéctica entre estas dos corrientes: el pensamiento de filiación clásica (racionalismo o idealismo) y el de filiación cristiana (vitalismo o existencialismo).

Ante la filosofía hegeliana que pretende absorber el “yo” en la idea, Unamuno alza el grito por el “yo” que le intentan robar. Ante el intento de objetivación total se rebela consciente de su propia individualidad, individualidad que nace y se alimenta del agónico vivir español, y afirma el conflicto del hombre moderno, consigo mismo, con los demás, con el mundo y con Dios.



Don Miguel viviendo el drama de don Quijote, vive la angustia del hombre actual, de aquí que en su personalidad, descubramos desde la problemática existencialista moderna hasta los nuevos caminos de la teología cristiana, desde la expresión del alma española hasta la significación dramática de nuestra cultura.

Unamuno no nos ha dejado su pensamiento estrictamente formulado, un pensamiento sistemático; su obra literaria es la expresión de su vivencia humana y cultural. Nadie como él ha vivido la crisis de nuestra cultura, el conflicto dialéctico de sus elementos contrapuestos. Sus gritos de soledad y rebeldía existencial —de él y de sus personajes— lo han convertido, como a Nietzsche o Kierkegaard, en un profeta de la crisis cultural de nuestro tiempo. Unamuno se ha anticipado a unas vivencias que hoy se han hecho colectivas, como hemos señalado, no porque tuviese tal don profético, sino por su “sentimiento”, su sensibilidad profunda. Unamuno sintió en su carne, vivió, la angustiosa dialéctica de nuestra cultura europea y el problemático ser-español.

